



## **GASPAR DE QUEVEDO, PINTOR CANARIO DEL SIGLO XVII, VISTO DESDE OTRA PERSPECTIVA**

**N**

o sé si era Guillermo de Torre o Giulio Carlo Argan el que decía que la importancia de una obra de arte está en gran parte y fundamentalmente en cómo se podía mirarla; estaba —y es verdad— en ese ángulo capaz de ofrecer el panorama auténtico de sus contenidos: los interpretativos y los estéticos. Si no se consigue marcar la esencia de ese ángulo, sólo se tendrá una idea poco fiable de la valoración de esa obra. Esto ocurre con la exposición que se está ofreciendo en la Sala de Arte del Centro de Iniciativas de la Caja de Canarias, dedicada al pintor canario del siglo XVII, Gaspar de Quevedo. Una exposición importante a todos los efectos, no sólo en los planos estrictamente históricos y plásticos, sino en esa poética —en este caso relacionada con el tema religioso— congruente con la propia vida y pensamiento de este entrañable artista orotavense, nacido en 1616, que fue ordenado sacerdote por el obispo de Canarias don Rodrigo Gutiérrez y Rozas en 1656.

Lo que importa aquí es destacar la importancia de la obra de Gaspar de Quevedo de sus diferentes contextos habituales en iglesias y ermitas de la isla de Tenerife. En este caso, desaparecidas las distancias impuestas por la ubicación a que están sometidos los cuadros, se puede mirar, sin desvirtuamientos distanciadores, toda la grandeza iconográfica que encierra la obra pictórica de Gaspar de Quevedo, al que muy certeramente el profesor Hernández Perera ha llamado el Zurbarán canario, no sin indicar las diferencias conceptuales y trascendentes —ese cierto angelicalismo con que envuelve a sus figuras de Quevedo— entre un pintor y otro.

De la misma forma que con este enfoque aproximativo hasta distancias mínimas se puede advertir el deterioro de gran parte de las telas expuestas, también se puede afirmar los rasgos tendenciales que caracterizan la pintura del licenciado orotavense; de forma global se puede decir que esos rasgos están en la vocación y el fervor, y sobre todo en la avidez mística, o más bien fervorosa —si se puede expresar de esta forma— que se revelan en cada una de sus pinturas.

“Cuando se contempla la obra de Gaspar de Quevedo” —escribe Carmen Fraga González en su libro *El Licenciado Gaspar de Quevedo, pintor canario del siglo XVII*— “se asocia su arte con las formas barrocas que se propagan en el siglo XVII por toda la cultura occidental, a uno y otro lado del Atlántico. Ello no es extraño conociendo su datación, es decir, el tercer cuarto de la citada centuria. Pero, a medida que se va profundizando en ella, el estudioso percibe que hay matizaciones respecto a unos cuadros y otros, pues van marcando hitos en su carrera profesional, despojándose de unas influencias y asumiendo otras, lo que sucede con todos los artistas, cualquiera sea su procedencia”. Claro que no todo espectador puede ser pretendidamente estudioso de la obra de este pintor nacido en La Orotava, pero sí interesa subrayar que los ojos de aquél pueden percibir, desde su postura de veedor moderno —el acostumbrado a visitar y recorrer salas de exposiciones— cómo el pintor va logrando esos innegables toques de color y perspectiva —no precisamente física— que diferencian los cuadros entre sí, aunque respecto a lo primero, el color, se haga absolutamente necesaria una restauración rigurosa.

Una exposición, en consecuencia, que los amantes de la pintura no deben perderse, ya que puede ser la única ocasión de contemplar una obra muy importante dentro de lo que es la pintura canaria del siglo XVII en su faceta religiosa, y en la que Gaspar de Quevedo le dio una dimensión muy peculiar —y el tema se presta a ello—, un sentido congruente que patentiza ese fervor y ese sentimiento que definen su personalidad de clérigo. Fue una época en la que no se buscaba la originalidad —que es la avidez de hoy— sino en la que se pretendía el rigor, la virtualidad. Era el orden que manejaban los artistas.

